DIOS Y EL UNIVERSO

R. P. Jorge Loring, S. J.

Fragmentos del libro
«Para Salvarte»

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

D.L.: 11042-1987
I.S.B.N.: 84-398-9207-1

Impreso en España
Gráficas Futura, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23
Fuenlabrada (Madrid)

DIOS Y EL UNIVERSO

Si paseas por la playa un día que ha bajado la marea, conoces por las huellas en la arena si lo que pasó por allí antes que tú fue un hombre, un perro o un pájaro. Lo mismo vamos a hacer nosotros para averiguar la existencia de Dios.

A Dios no le podemos ver, porque es espíritu. Y el espíritu no se ve con los ojos de la cara. Pero vamos a conocer a Dios por las huellas que ha dejado en la Creación.

Empecemos por la huella que Dios ha dejado en el cielo.

Tú sabes que aquellas huellas en la arena no se han hecho solas. Pues mira el cielo. ¿Puedes contar las estrellas? El Atlas del Cielo, que ya se ha empezado a publicar, constará de veinte volúmenes, donde figurarán unos quinientos millones de estrellas. El número total de estrellas del Universo se calcula en unos 200.000 trillones: un número de veinticuatro cifras. ¡Te falta sitio en el papel para poner ceros! Pues, si unos hoyos en la arena no se pueden haber hecho

solos, ¿se habrán hecho solos los millones y millones de estrellas que hay en el cielo?

Alguien ha hecho las estrellas. A ese Ser, Causa Primera de todo el Universo, llamamos Dios.

Si un día naufragas en alta mar, y agarrado a un madero llegas a una isla desierta, aunque allí no encuentre rastro de hombre, ni un zapato de hombre, ni un trapo de hombre, ni una lata de sardinas vacía, nada; pero si paseando por la isla desierta te encuentras una cabaña, inmediatamente comprendes que en aquella isla, antes que tú, hubo un hombre. Comprendes que aquella cabaña es fruto de la inteligencia de un hombre. Comprendes que aquella cabaña no se ha formado al amontonarse los palos caídos de un árbol. Comprendes que aquellas estacas clavadas en el suelo, aquellos palos en forma de techo, y aquella puerta giratoria, son fruto de la inteligencia de un hombre.

Pues, si unos palos en forma de cabaña requieren la inteligencia de un hombre, ¿no hará falta una inteligencia para ordenar los millones y millones de estrellas que se mueven en el cielo con precisión matemática?

Newton y Kepler formularon matemáticamente las leyes que rigen el movimiento de las estrellas, pero Newton y Kepler no hicieron esas leyes, porque las estrellas se movían según esas leyes muchísimos años antes de que nacieran Newton y Kepler. Luego hay alguien Autor de esas leyes que rigen el movimiento matemático de las estrellas.

Por eso, el cosmonauta Borman dijo desde la Luna: «Nosotros hemos llegado hasta aquí gracias a unas leyes que no han sido hechas por el hombre.»

La Luna está a 384.000 km de la Tierra. El Sol a 150.000.000 de km. Plutón a 6.000.000.000 de km. Fuera del sistema solar, Sirio a 8 años de luz, Arturo a 36 años de luz.

La velocidad de la luz a 300.000 km por segundo; recorre en un año una distancia igual a 200 millones de vueltas a la Tierra. En kilómetros son unos diez billones de kilómetros. La velocidad de la luz, según las leyes de la Física, no puede superarse. Para caer en la cuenta de lo que es un billón, pensemos que un billón de segundos son casi 32.000 años.

Y fuera de nuestra galaxia la nebulosa de Andrómeda a 2 millones de años-luz. Coma de Virgo a 200 millones de años luz y el Cúmulo de Hidra a 2.000 millones de años luz.

Este es el límite de percepción de los telescopios ópticos. Pero los radiotelescopios profundizan mucho más. El radiotelescopio de Parkes (Australia) puede recibir ondas desde una distancia de 8.000 millones de años-luz.

El Quásar, conocido como CTA-102, está a una distancia de 6.000 millones de años-luz.

El astro más lejano detectado es el Quásar PKS 2.000-330, descubierto el 15 de septiembre de 1983. Está a 15.000 millones de años-luz. Se aleja de no-

sotros a 276.000 km por segundo. Es decir, al 92% de la velocidad de la luz.

En el cielo hay millones y millones de estrellas muchísimo mayores que la Tierra.

La Tierra es una bola de 40.000 km de perímetro (meridiano). El Sol es un millón trescientas mil veces mayor que la Tierra. En la estrella Antares, de la constelación del Escorpión caben 115 millones de soles.

Alfa de Hércules, que está a 1.200 años de luz, y es la mayor de todas las estrellas conocidas, es 8.000 billones de veces mayor que el Sol.

Para plastificar un poco estos volúmenes descomunales aclararé que el radio de Antares es el diámetro de la órbita de la Tierra, es decir de 300 millones de kilómetros; y que el diámetro de la órbita de Plutón, que es de 12.000 millones de km, es la décima parte del radio de Alfa de Hércules.

Todo esto me lo ha calculado un astrónomo.

La mayor radio-estrela conocida es DA-240 que tiene el fabuloso diámetro de seis millones de años-luz. El diámetro de esta radio-estrella es sesenta veces mayor que el diámetro de nuestra galaxia, la Vía Láctea.

Estas bolas gigantescas van a enormes velocidades. La Tierra va a 100.000 km por hora, es decir, a 30 km por segundo. El Sol va a 300 kilómetros por segundo hacia la Constelación de Hércules. La Constelación de Virgo se aleja de nosotros a 1.000 km por segundo.

El Cúmulo de Boyero se desplaza a 100.000 km por

segundo. Por el desplazamiento hacia el rojo de las rayas del espectro se ha calculado en el observatorio de Monte Palomar en California que hay estrellas que van a 140.000 km por segundo.

El movimiento de las estrellas es tan exacto, que se puede hacer el calendario con muchísima anticipación. El calendario pone la salida y la puesta del sol de cada día, los eclipses que habrá durante el año, el día que serán, a qué hora, cuánto durarán, qué parte del Sol o de la Luna se ocultará, desde qué punto de la Tierra será visible, etc., etc. Todo esto no sería posible si el orden de las estrellas no fuera matemáticamente perfecto.

El 30 de junio de 1973, España entera estuvo pendiente de un eclipse parcial de Sol del cual la prensa venía hablando varios días. El 2 de octubre de 1959, fue visible desde las Islas Canarias un eclipse total de Sol, tal como se había previsto mucho antes. Por eso se instaló en la Punta de Jandía, en Fuerteventura, un puesto de observación en el que se reunieron científicos del mundo entero. El anterior eclipse de Sol contemplado desde Canarias, fue el 30 de agosto de 1905, y se sabe que habrá que esperar hasta pasado el siglo XXII para ver otro eclipse total de Sol dentro de nuestras fronteras.

Todo esto sería imposible conocerlo si el orden del movimiento de los astros no fuera matemático. Por eso, James Jeans, uno de los más grandes astrónomos contemporáneos, en su libro *Los Misterios del Universo*, afirma que el Creador del Universo tuvo que

ser un gran matemático.

Todo este orden maravilloso requiere una gran inteligencia que lo dirija. ¿Qué pasaría en una plaza de mucho tránsito —como la Cibeles de Madrid— si los conductores quedaran repentinamente paralizados y los vehículos, sin inteligencia, abandonados a su propio impulso? En un momento tendríamos una horrenda catástrofe.

Cuanto más complicado y perfecto sea el orden, mayor debe ser la inteligencia ordenadora. Construir un reloj supone más inteligencia que construir una carretilla.

Pues la inteligencia que ordena las estrellas en el cielo, y dirige con tanta perfección la máquina del Universo, es la inteligencia de Dios.

DIOS Y LA NATURALEZA

La máquina fotográfica fue un descubrimiento trascendental para la cultura de los hombres. Antes, sólo se podía conocer lo que se veía con los propios ojos. Desde que se inventó la fotografía es posible conocer los paisajes, los monumentos, las obras de arte y los grandes personajes del mundo entero sin salir del pueblo en que se ha nacido.

El invento de la máquina fotográfica supone una gran inteligencia, y los hombres han tardado muchos años en descubrirla. No se descubrió hasta el siglo pasado.

Sin embargo, mucho antes de que los hombres

inventasen la máquina fotográfica —desde el principio de la Humanidad— ya estaba inventado el ojo humano, maravillosa máquina fotográfica, que saca diez fotos por segundo, no es necesario pasar el carrete y además se enfoca sola gracias a la maravillosa constitución del cristalino, que los hombres no han conseguido fabricar artificialmente.

Inventar el ojo supone todavía más inteligencia que inventar una máquina fotográfica.

Uno de los grandes adelantos de la aviación moderna es el piloto automático, con el cual un avión puede volar sin ningún hombre que lleve los mandos. Sin embargo, es todavía más extraordinario el invento del ingeniero español Torres Quevedo llamado «telekino», con el cual logró en el año 1906 conducir desde tierra un bote. El bote avanzó, retrocedió, viró en redondo, sorteó otras embarcaciones que había en el puerto, y llegó hasta la escala del Vapor Elcano, donde se hallaba la representación oficial. Y todo esto dirigido desde el Club Náutico de Bilbao por ondas hertzianas. El telekino es el precursor de los proyectiles teledirigidos de hoy.

Estos inventos suponen un prodigio de talento y de técnica. Pero los hombres no han inventado todavía, ni inventarán jamás, un avión que no sólo vuela sin piloto, sino que además se busca él solo la gasolina, se hace él solo el hangar y, lo que es más, fabrica él solo otros aviones como él, que a su vez hacen otros aviones, y así indefinidamente.

Este avión maravilloso que nos parece imposible

que se invente jamás, existe desde tiempos remotísimos: son los pájaros.

El pájaro es un avión que vuela solo, se busca él solo la gasolina (el alimento), se hace él solo el hangar (el nido), unas veces con ramajes y otras hasta con cemento (nido de las golondrinas).

¿Y cómo se fabrica este avión maravilloso? ¡Con sólo calentar un huevo! Con poner un huevo de gallina a 40 grados centígrados de temperatura, durante 21 días, sale un pollito saltando y piando.

En el *huevo frito,* que te ponen delante en la mesa, ¿me quieres decir dónde está el pico, los ojos, las plumas? ¿Cómo se forma todo esto en el pollito? ¡Con solo calentar el huevo un poco!

¡Qué invento tan maravilloso es el del huevo! ¡Qué inteligencia tan grande supone el inventar un huevo!

En el huevo, lo mismo que en la Naturaleza toda, hay leyes que rigen su evolución. Pero los hombres no saben inventar un huevo artificial que poniéndolo en una incubadora saque un pollito, el cual ponga a su vez otros huevos de los que nazcan nuevos pollitos, y así sucesivamente. El hombre no lo sabe, pero lo sabe Dios que es el inventor de la Naturaleza.

Una computadora electrónica parece inteligente por las operaciones que hace. Pero la computadora sólo puede hacer aquellas operaciones para las que ha sido preparada por una inteligencia distinta de ella.

Los animales son como máquinas automáticas, que hacen cosas maravillosas, pero siempre según un plan

determinado, sin que ellos puedan alterarlo libremente.

Los animales tienen instintos maravillosos. ¿Cómo se orienta la paloma mensajera? La serpiente cascabel posee un magnífico detector de rayos infrarrojos de exquisita sensibilidad para advertir la presencia de su presa con la oscuridad. Los delfines localizan los obstáculos sumergidos en el agua por medio de un radar acústico similar al «sónar» que usan los barcos modernos. Un murciélago sin ojos vuela sin tropezar en una habitación cruzada por cables en todas direcciones. ¿Cómo se guía? Un murciélago no lo sabe, pues no tiene inteligencia; pero lo sabe Dios que es quien ha hecho el murciélago y le ha dotado de una especie de radar que emite ondas ultrasonoras, según los estudios de los norteamericanos Griffin y Galambos. ¡Qué inteligencia tan grande tiene el inventor de la Naturaleza!

Toda la Naturaleza está llena de maravillas. No sabe uno qué admirar más, si las maravillas grandes o las pequeñas; si el tamaño y las velocidades de las estrellas en el cielo, o la construcción maravillosa del átomo; si la exactitud del movimiento de los astros, o la agilidad de una mosca en el aire, moviendo sus alas 480 veces por segundo, o el prodigioso instinto de las abejas para hacer las celditas exagonales de su panal con la perfección con que podría calcularlas el mejor de los ingenieros. Las abejas realizan en sus colmenas un difícil problema de estereometría, con más preci-

sión que el célebre matemático Koning que al hacer el cálculo se equivocó porque había una errata en la tabla de logaritmos.

Los sapientísimos instintos de los animales, y las leyes todas del Universo están diciendo a voces que han sido hechos por una gran inteligencia. Precisamente es muy reciente el nacimiento de una nueva ciencia, la Biónica, que se basa en el estudio de los seres vivos para hacer aplicaciones por los ingenieros. El nombre de Biónica es contracción de Biología y Electrónica.

Es absurdo pensar que el mundo se ha hecho sin la intervención de una inteligencia. ¿Te parece posible que un mono tecleando en una máquina de escribir componga un libro? Pues esto es mucho más probable que suponer que no ha intervenido una inteligencia en la formación del ojo humano (maravillosa máquina fotográfica), la agilidad de una mosca en el aire (volando en zig-zag, cosa que no ha logrado todavía el avión fabricado por el hombre) o la función clorofílica de una hoja verde (que es un auténtico laboratorio químico).

Hay un libro que tiene 600.000 letras, sin contar puntos ni comas.

Es evidente que si metemos en un cubo estas 600.000 letras, las agitamos y las tiramos al suelo, no sale el libro. Ni siquiera saldrían ni en línea recta. Para que las letras se ordenen formando palabras, y las palabras se ordenen formando frases, hace falta una inteligencia ordenadora. Evidentemente que el orden

que las letras tienen en este libro, es uno de los órdenes posibles. Pero la probabilidad de que las letras caigan en este orden es una contra un número que tiene tres millones de cifras. El cálculo está hecho con una computadora. Es un número tan grande, que si lo nombramos por su nombre propio pocas personas lo entenderían: 500 milillones.

Es decir, la probabilidad de que salga el libro al tirar las letras del cubo al suelo es practicamente nula.

La prueba es que si alguien se apostara un millón de pesetas de que lo conseguía a la primera, aceptaríamos encantados la apuesta, seguros de ganarla.

Pues si para hacer este libro hace falta una inteligencia ordenadora, ¿se habrán formado sin inteligencia ordenadora las moscas, las flores, los pájaros y el cosmos que se mueve con una precisión matemática?

Admirar la naturaleza e ignorar a Dios sería como admirar una máquina automática por la perfección de su funcionamiento e ignorar la inteligencia del ingeniero que ha hecho posible esa máquina.

A ese Ser tan inteligente que ha hecho la Naturaleza y ha puesto en ella estas leyes tan maravillosas que rigen su funcionamiento, le llamamos DIOS.

ETERNIDAD DE DIOS

A Dios no lo ha hecho nadie. Dios no ha empezado a existir. Siempre ha existido y nunca dejará de existir. Es decir, que no ha tenido principio ni tendrá fin. Dios es eterno.

Sería un absurdo decir que hubo un tiempo en el que no existía absolutamente nada. En ese caso, jamás podría haber empezado nada a existir: no existirían seres de ninguna clase. No creados por otro —pues hemos supuesto que en un principio no existía absolutamente nada— ni tampoco creados por sí mismos, pues sería un absurdo decir que una cosa que no existe pueda hacer algo.

Luego si en algún momento no existió nada, nada existiría ahora; pues el primer ser no tuvo modo de empezar a existir.

Es así que nosotros existimos en un mundo y estamos rodeados de seres de todas clases, luego por fuerza tiene que haber existido desde toda la eternidad un Ser que no ha tenido principio y que ha dado origen a todos los seres que existen.

Ese Ser, que existe desde toda la eternidad, es DIOS.

Dios es el único ser eterno o increado. La materia se transforma continuamente, es extensa, limitada y divisible, es decir, es contingente. Y lo contingente —como se demuestra en Filosofía— es metafísicamente imposible que sea increado.

Se llaman seres contingentes aquellos que pueden existir o no existir, existir antes o después, existir de una manera o de otra. Todo lo que nace y muere, todo lo que cambia de tamaño, forma o lugar, como el hombre, la flor o la Tierra, es un ser contingente. Y lo contingente no tiene en sí mismo la razón de su existencia. Los seres contigentes deben su existencia a otro.

Por ejemplo: un año antes de que tú nacieras, no eras nada, y nada podías hacer para existir. Como eres ser contingente, tu existencia no dependía de ti.

Eras nada, y en nada te hubieras quedado toda la eternidad, si alguien distinto a ti (tus padres) no te hubieran traído a la existencia: la nada, dejada a sí misma, permanece siempre en nada.

Lo mismo que te ha ocurrido a ti, ha ocurrido con tus padres, con tus abuelos, etc. Todos recibieron la existencia de otros. No podían existir por sí mismos.

Como el ser contingente es indiferente para existir o no, no existe necesariamente. Por lo tanto necesita una razón para pasar de la no existencia a la existencia. Esta razón suficiente no puede ser una serie infinita de seres contingentes, pues una carencia no se remedia con otros seres que tienen la misma carencia: una colección de ciegos no ven más que un solo ciego. La razón de existencia de los seres contingentes hay que buscarla en un ser que no sea contingente, es decir, en un ser que no necesite de otro para existir, de un ser que exista por sí mismo, porque su esencia es existir. A ese Ser le llamamos Dios.

Las cosas que vemos en el mundo se han hecho unas a otras. Un hombre viene de otro hombre, una flor de otra, una estrella de otra estrella. Cada ser existente en este mundo es como un anillo de una cadena. Cada anillo está colgado de otro anillo, que es quien lo sostiene, quien lo ha puesto en la existencia.

Si subimos por esa cadena de seres existentes llegaremos al primer anillo. ¿Quién sostiene ese primer anillo? No puede ser otro anillo, pues entonces no sería el primero, sería el segundo. Pero el primer anillo, ¿estará colgado en el aire? Entonces toda la cadena caería en el fondo de la nada. Si la cadena de seres que han venido a la existencia no cae en el fondo de la nada, es porque la sostiene alguien que está fuera de la cadena y no necesita de otro para existir. Este Ser, que sostiene la cadena de seres existentes, que no necesita de otro para existir y que por lo tanto tiene que existir por sí mismo, ése es Dios.

Dios sostiene todos los seres en la existencia, lo mismo que el Sol sostiene la vida en la Tierra. Si apagas el Sol desaparece la luz y el calor de la Tierra. Sin la luz del Sol, la Luna tampoco se ve; y sin calor las aguas de los ríos y mares no se evaporan. Consiguientemente desaparecen las nubes y las lluvias. Las fuentes y ríos terminarían por vaciarse en el mar y se secarían. Las plantas morirían por falta de agua, y los animales se morirían de frío. El aire se envenenaría, pues no habría plantas para restituir el oxígeno. Es decir, que el Sol, sólo con su presencia, hace posible la vida en la Tierra.

Lo mismo ocurre con Dios. El sostiene toda la cadena de seres existentes.

Si en un paso a nivel ves pasar desde tu coche un largo tren de mercancías en que un vagón tira de otro, comprendes que tiene que haber una locomotora que tire de todo el tren, aunque tú no la veas. Lo mismo:

hay que pensar en un primer ser eterno al ver que unos seres hacen a otros, y por lo tanto todos necesitan de otros para existir, menos el primero que tiene que ser eterno.

Dios es ese Primer Ser que no necesita otro para existir, sino que existe por sí mismo, es decir, que su esencia es existir, que no puede dejar de existir, que existe necesariamente, que siempre ha existido y nunca dejará de existir. Por eso decimos: Dios es ese Primer Ser eterno. Dios es el único Ser eterno.

En el próximo tema veremos cómo el Cosmos no es eterno.

EL ORIGEN DEL COSMOS

Es dogma de fe que el cosmos no es eterno, sino que ha sido creado por Dios en el principio del tiempo.

El ateísmo marxista se basa en la eternidad de la materia. Afirma que la materia ha existido por sí misma desde la eternidad, y de este modo no necesitan a Dios-Creador. Pero «la eternidad de la materia» es una afirmación, no una demostración. Físicamente es inverificable, y filosóficamente es inaceptable. Pero los marxistas que se precian de no admitir en su doctrina teórica y práctica sino los hechos que la ciencia ha demostrado ser ciertos, esta afirmación de «la eternidad de la materia» la admiten sin demostración alguna. La imponen, sin más, como un postulado base de su ateísmo.

La eternidad de la materia no se puede demostrar porque es una bsurdo. En efecto: la materia tiene una existencia sucesiva, es decir, medible por el tiempo. Las sucesivas transformaciones de la materia y los cambios de la Naturaleza se van midiendo por el paso de los días, de las horas y de los minutos. Y todo lo que es medible por el tiempo, tiene una existencia temporal y limitada, no eterna. Si la materia en evolución fuera eterna, querría decir que ha pasado pór una serie infinita de momentos sucesivos. Y si no se llega al término desde aquí hasta allá, tampoco se puede llegar desde allá hasta quí, pues la distancia es la misma.

Efectivamente, la misma distancia hay de Madrid a Barcelona que de Barcelona a Madrid. El mismo tiempo hay del día de hoy al primero de enero de 1950, que desde ese día hasta hoy. Si por más que subiéramos por la escalera del tiempo no llegaríamos nunca al principio del cosmos, tampoco llegaríamos nunca del principio del cosmos hasta el día de hoy, si ese principio estuviera en la eternidad. Es así que hoy existe el mundo actual que vivimos, luego si hemos llegado hasta hoy, también desde hoy, subiendo por la escalera del tiempo, podremos llegar, con el entendimiento, al principio del cosmos, por lejano que esté. Es decir, que el principio del mundo no está en la eternidad: el mundo no es eterno.

El único Ser eterno es Dios, porque Dios es el único Ser por el que no pasa el tiempo, que está totalmente fuera de la medición del tiempo. El tiempo es la duración del movimiento, y Dios es inmutable, es pura

actualidad. Todo esto se demuestra en Filosofía.

Toda esta materia puede ser difícil para personas que no están acostumbradas a cuestiones filosóficas. Es como pedirle a un matemático que explique en dos palabras la resolución de las ecuaciones diferenciales, o de las integrales elípticas, o sencillamente, el uso de la tabla de logaritmos, a quien no ha estudiado matemáticas. Esto es imposible sin dedicar primero muchas horas, y aun años, a explicar multitud de conceptos preliminares indispensables.

La desviación hacia el rojo en el espectro de la luz de las galaxias demuestra que el Universo está en continúa expansión. Cabe incluso hacer una especie de cuenta atrás hasta el momento en que el Universo nació. Se puede calcular que el nacimiento del Universo tuvo lugar hace unos diez mil millones de años.

El Dr. John Kraus, director del radio-observatorio de la Ohio State University, ha detectado el «borde» del Universo en unos diez mil millones de años-luz. Por eso la gran mayoría de los astrónomos aceptan el Big-Ban, como lo llaman los anglosajones. Es decir, la gran explosión en el comienzo del cosmos.

Esta teoría la defienden los astrofísicos más acreditados, como Sandage, de Monte Palomar (California); Chushiro Hayashi, profesor de Astrofísica en la Universidad de Tokyo, en el Japón; Arturo Code, director del proyecto OAO-II de la NASA; Jacobo Zeldovich, de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.; Martin Ryle, catedrático de radioastronomía en la

Universidad de Cambridge y premio Nobel de Física, 1974, etc., etc.

Por eso, el P. Antonio Romañá, de la Compañía de Jesús, que ha sido más de 30 años director del Observatorio Astronómico del Ebro, pertenece a las principales Sociedades Astronómicas del mundo, y es miembro de la Real Academia de Ciencias de Madrid, dijo: «Hoy en Astrofísica nadie excluye la idea de creación».

Y desde luego es imposible que el Universo sea eterno, pues en ese caso no quedaría nada de hidrógeno. Es cosa sabida que el hidrógeno se convierte en helio en un proceso continuo e irreversible. Si esto sucediera desde toda la eternidad, ya se habría gastado todo el hidrógeno que todavía se quema en las estrellas, pues la cantidad de hidrógeno del Universo es limitada, y lo que se pierde no se repone. Esta fue la explicación que dio el astrónomo soviético Fessenkov en la Asamblea de la Unión Astronómica Internacional, celebrada en Roma en 1952, hablando sobre el origen de las estrellas. Dijo: «No pueden ser eternas, sino que han tenido que producirse en un momento dado».

La energía calorífica crece continuamente en el Universo. Y como en su mayor parte no es apta para utilizable disminuye incesantemente. Este proceso de degradación de la energía, se llama entropía. La entropía crece sin interrupción hasta llegar a la muerte térmica del Universo.

Ahora bien, es evidente que si el Universo debe

acabar, ha debido también comenzar, porque de otro modo, si el Universo hubiera existido desde toda la eternidad, ya se hubiera transformado toda la energía y habríamos llegado al fin.

Por eso, Pío XII les dijo a los científicos del mundo entero, reunidos en un Congreso Internacional: «La Ciencia de hoy ha confirmado, con la exactitud propia de las pruebas físicas, que nuestro cosmos salió un día de las manos de un CREADOR».

CIENCIA Y FE

No te deslumbres cn esas afirmaciones que a veces se oyen de labios poco documentados: La Ciencia moderna contradice a la Religión». Puedes tener la seguridad de que la verdadera Ciencia no ha contradicho nunca, ni contradirá jamás a la Religión, porque Dios, la misma Verdad, es el autor de la Ciencia y de la Religión, y no puede contradecirse. Efectivamente, Ciencia es el conocimiento de las leyes que Dios ha puesto en la Naturaleza. Y Religión es el conocimiento de las verdades que Dios ha revelado. Dios, Sabiduría infinita, es autor tanto de los principios científicos como de los principios religiosos: luego estos principios jamás pueden ser incompatibles entre sí. Cuando parezca que hay incompatibilidad, es por culpa de los hombres que han rebasado o mal interpretado las verdades de la Ciencia o de la Religión.

Hay que tener en cuenta que Ciencia no es lo

mismo que una hipótesis de trabajo de un científico. Así como tampoco es verdad revelada la teoría personal de un teólogo.

«Muchas de las dificultades que algunos creen encontrar en aparentes contradicciones entre la Fe y la Ciencia, o bien provienen de haber tomado como verdades reveladas afirmaciones que bien examinadas no gozan de tal garantía, o bien provienen de mirar como verdades científicas adquiridas definitivamente cosas que más tarde se verá no pasaban de simples hipótesis o teorías que, con el tiempo, se han de ir retocando».

Max Planck, Premio Nobel de Física, dijo: No se da contracicción alguna entre la Religión y la Ciencia; ambas son perfectamente compatibles entre sí».

La verdadera Ciencia no sólo no se opone a la Religión, sino que la confirma cada vez más con sus nuevos descubrientos. Por eso Pío XII dijo en su discurso a la Academia Pontificia de Ciencias: «La verdadera Ciencia encuentra a Dios detrás de cada nueva puerta que abre».

Es más, la Historia nos enseña que cuando una teoría se opone a lo que la Religión sostiene como cierto y como seguro, esta teoría ciertamente es falsa. Antes o después será desbancada por otra nueva teoría. Así ha sucedido siempre. Y es natural, porque esa teoría se debe a un hombre que se puede equivocar; en cambio la Religión se debe a Dios, que no puede equivocarse.

Pero hombres a quienes estorba la Religión se agarran ansiosos a esas teorías mal demostradas como si

fueran dogmas de fe, para desechar los verdaderos dogmas de fe que les estorban. No porque en los dogmas de la Religión haya misterios, porque la vida está llena de misterios, y eso a nadie extraña; lo que ellos tienen contra la Religión no son dificultades científicas, sino prejuicios y dificultades morales. Si la Religión no obligara a tener a raya a las pasiones, nadie tendría dificultades contra la Religión. Y si los preceptos morales dependieran de las verdades de la Física, muchos negarían la Física en lugar de negar la Religión.

Así es que los misterios ni son exclusivos de la Religión, no son obstáculo para creer. Y lo mismo que en las demás ciencias, cuando no entendemos una cosa nos fiamos de lo que nos dicen los que entienden de esa ciencia, así en cosas de Religión debemos fiarnos de lo que Dios dice en la Revelación, obra de Dios, aunque nuestro pequeño entendimiento no alcance a comprenderlo perfectamente. Tampoco una hormiga entiende el ajedrez, y sin embargo el juego de ajedrez es una realidad. En la Física hay cosas inexplicables, y no por eso el físico reniega de la Física; y en la Medicina hay casos que no tienen solución, y no por eso el médico reniega de la Medicina.

Es decir, en la Religión hay cosas que superan nuestro entendimiento, pero debemos fiarnos de Dios que nos las comunica. Como aquel negrito que no había visto nunca el hielo y que por eso no creía al misionero cuando le decía que con el frío, a veces, el agua se endurece de tal forma que puede un hombre andar

sobre ella sin hundirse. El negrito no comprendía cómo puede ocurrir esto, pero si le constaba de la honradez del misionero y de que sabía lo que decía, debía fiarse de él, aunque su entendimiento no lo comprendiera. Lo mismo nosotros debemos creer los misterios de la Religión que Dios nos enseña por medio de la Iglesia divinamente asistida por El. Decía Bossuet: «Creo firmemente lo que no veo, porque creo a Aquél que lo ve todo». Es decir, que aunque esté bien que busquemos las razones que hacen nuestra fe razonable, sin embargo, no creemos porque a nosotros nos parezca razonable, sino porque nos fiamos de la ciencia y veracidad de Dios, y aceptamos confiadamente todo cuanto El nos diga. Si la Ciencia fuera obstáculo para creer, entonces no habría grandes hombres de ciencia que son creyentes. Cuando nos encontramos grandes hombres de ciencia que son creyentes, es porque la Ciencia y la Fe no son imcompatibles.

Por ejemplo, von Braum, el cerebro de los vuelos espaciales americanos, fue profundamente creyente, como lo ha manifestado en varios artículos publicados en el ABC, de Madrid.

En abril de 1969 pasó por Madrid el Profesor alemán Werner Heisenberg, Premio Nobel de Física a los 31 años de edad, que ha muerto recientemente, en febrero de 1976. En una entrevista que hizo para la prensa en Madrid, dijo entre otras cosas: «Lo que sí creo es en Dios, y que de El viene todo». La notica es de la Agencia Cifra.

Einstein, Premio Nobel de Física, afirmaba que «el hombre de ciencia tiene que ser profundamente religioso» y decía con frecuencia: «La Ciencia sin Religión, es coja, y la Religión sin Ciencia es ciega».

En el Congreso de Premios Nobel, celebrado en Lindau (Alemania Federal), el Profesor de la Universidad de Cambridge, Paul Dirac, Premio Nobel de Física por sus trabajos de investigación sobre el átomo, afirmó en una conferencia su fe en Dios.

Edmundo Whittake, profesor de la Universidad de Edimburgo, dice que se convirtió al catolicismo como fruto de sus investigaciones sobre el origen del Universo.

Alexis Carrel, muerto en 1944, Premio Nobel de Medicina, dice: «Yo creo todo aquello que la Iglesia Católica quiere que creamos. Y, para hacer esto, no encuentro ninguna dificultad, porque no encuentro en la verdad de la Iglesia ninguna oposición real con los datos seguros de la Ciencia». Y afirmaba: «No soy tan crédulo como para ser incrédulo». Es decir: el que no cree en Dios tiene que aceptar muchas más cosas inexplicables que el que cree en Dios, porque con Dios se explican muchas cosas que sin Dios no tienen explicación.

Por eso, otro Premio Nobel 1970, el soviético Alejandro Sozhenitzyn que también es creyente, tiene una bonita oración que dice así: «Señor, qué fácil es creer en Ti, pues si prescindo de Ti, la vida está llena de incógnitas».

Demos gracias a Dios de que estamos en línea con estos grandes talentos de la Humanidad. Es verdad

que hay otros hombres de ciencia que no son creyentes, pero el ateísmo de estos hombres de ciencia hay que buscarlo por otros caminos, no por razones científicas, pues como dijo el Padre Romaña en una conferencia «hay hombres de ciencia que son ateos, pero su ateísmo hay que buscarlo por otros caminos, no por razones científicas, pues no hay ningún argumento científico que demuestre que no hay Dios».

OTRAS PERFECCIONES DE DIOS

DIOS ES OMNIPERFECTO

Dios tiene todas las perfecciones posibles en grado infinito, y no puede tener ningún defecto. Si no, no sería Dios.

Los seres contingentes que existen unos por otros, exigen un ser que no exista por otro; es decir,
que exista por sí mismo,
que tiene que ser eterno,
que no haya comenzado a existir alguna vez,
que exista necesariamente pos sí mismo,
que tiene en sí mismo la plenitud de la existencia,
que tiene la existencia sin limitación,
que no envejezca,
que permanezca siempre en eterna juventud,
que no se pueda morir,
que tenga todas las perfecciones posibles en su grado máximo, es decir, que sea *omniperfecto*.

Dios, como posee por naturaleza la plenitud de la

existencia, es infinito en todas las perfecciones y ya no puede crecer más. Al ser infinito, es *único*, puesto que no pueden existir dos seres infinitos distintos, pues no cabrían en el universo, porque estando todo lleno de Dios no queda sitio para otro Dios.

Todo esto se demuestra ampliamente en filosofía.

DIOS ESTA EN TODAS PARTES

Lo mismo que un perfume llena una habitación, Dios lo llena todo; El está en todas partes tocándolo todo, viéndolo todo y actuando en todo lo que existe, hasta en los infiernos y en los lugares más remotos del universo.

Cuando decimos que Dios está en el cielo, queremos indicar que allí se manifiesta su gloria y puede ser perceptible por los ojos de los bienaventurados que son felices viendo a Dios.

DIOS LO VE TODO

Aunque nosotros no podamos ver a Dios en este mundo con los ojos de nuestro cuerpo, El sí nos ve a nosotros, y, como dicen los Hechos, «*no está Dios lejos de cada uno de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y existimos, siendo El mismo quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas*» (Hech. 17, 25-28).

DIOS LO SABE TODO

Nos dice la Biblia que «*todas las cosas han sido hechas por Dios, y sin El no se ha hecho nada de cuanto ha sido hecho*» (Jn. 1,3). Pues si todo lo hace Dios, ¿qué cosa puede haber que El no conozca?

Dios sabe cómo funciona todo, porque es el Autor de todo y el motor que da fuerza a todo.

Nuestro entendimiento es muy limitado, pues ni siquiera sabemos cómo estamos hechos nosotros por dentro. ¿Cuántos hay que están enfermos y no saben lo que tienen? ¿Cuántos hay que tienen cáncer y no lo saben? ¿Cuántos hay que han muerto de un infarto y minutos antes no sabían que estaban enfermos?

Pero Dios lo sabe todo. Hasta los cabellos de nuestra cabeza tiene contados (Lc. 12,7). Para Dios no hay secretos, no puede haberlos, porque sin su consentimiento no puede suceder nada.

Dios sabe lo que nos puede hacer felices, porque sabe cómo estamos hechos por fuera y por dentro y conoce todas las reacciónes de nuestra alma y de nuestro organismo. ¿Cómo no lo va a saber si El es quien nos da la vida? ¡Sólo Dios puede hacernos felices, porque sólo El nos conoce y sabe qué es lo que nos da la felicidad!

DIOS ES OMNIPOTENTE

El hombre puede hacer grandes cosas: superpetro-

leros gigantescos, aviones supersónicos, submarinos atómicos, satélites artificiales, etc., pero el hombre no puede hacer el Sol ni el Universo. Sólo Dios tiene poder para hacer el Sol y todo el Universo, porque El lo puede todo, pues como nos dice la Biblia, *«para Dios todo es posible»* (Mt. 19,26).

Dios, al mismo tiempo que está conduciendo las estrellas y todos los astros que corren a enorme velocidades por el Universo, está en todos los lugares haciendo germinar las semillas, y haciendo crecer los animales y las plantas, y haciendo florecer las flores y madurando los frutos. Nada sucede en el mundo ni fuera de él en lo que no intervenga Dios con su omnipotencia.

Si en sólo una gota de agua hay miles de seres microscópicos vivientes, ¿cuántos habrá en todo el Universo? ¡Imposible de calcularlo! ¡Sólo Dios lo sabe porque solamente El los tiene contados y a todos les da la vida! Nada vive si no es en Dios y por Dios. Nada se hace si no es en Dios y por Dios; nosotros *sin El nada podemos hacer* (Jn. 15,5).

DIOS ES FELIZ

Para ser feliz solamente se necesitan dos cosas: saber en qué consiste la felicidad y poderlo conseguir.

Los hombres todos deseamos la felicidad, pero la mayoría no sabemos lo que nos conviene, y aunque lo

supiéramos quizá se trata de cosas que no podemos conseguir.

Sólo Dios que sabe todos los secretos de la ciencia sabe en qué está la felicidad, y sólo El que lo puede todo es quien la puede conseguir.

Dios es total y plenamente feliz, porque conoce todo lo bueno y todo lo puede conseguir. Por eso se dice que el Cielo es la reunión de todos los bienes sin mezcla alguna de males, porque lo ha hecho Dios que conoce todo lo bueno y tiene poder para conseguirlo.

Dios ha sido siempre igual de feliz desde toda la eternidad.

En el principio no existían los ángeles, ni los hombres, ni el Universo hasta que Dios los creó, pero Dios ya era feliz. No hizo Dios a los ángeles, ni a los hombre, para que le hicieran feliz, sino que nos hizo para que pudiéramos compartir con El la felicidad que ya tenía.

Alégrate, ¡oh hombre!, que Dios no te hizo porque necesitara de ti, sino que te dio el ser para que pudieses disfrutar eternamente junto a El los inmensos bienes que allí tiene.

Conócete a ti mismo: Tú no eres, como muchos piensan, un simple animal inteligente; eres mucho más, infinitamente más. El hombre que está en gracia particida de la misma naturaleza divina de Dios, y aunque esté dentro de un cuerpo animal es divino, y algún día disfrutará de todas las perfecciones de Dios.

«Carísimos: ahora somos ya hijos de Dios, más lo que seremos algún día no está claro aún; pero sí

sabemos que, cuando le veamos, seremos semejantes a El» (1 Jn. 3,2) porque tendremos parte en su sabiduría, su poder, su eterna juventud, su felicidad y todas sus otras perfecciones.

Si quieres ser feliz no trates de buscar la felicidad fuera de Dios, porque sólo Dios sabe donde está y solamente El la puede conseguir.